

CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Lic. Francisco E. Beras y
Dr. Yvelio Alfau Durán.

Santo Domingo, República Dominicana

Año XLVII

Julio-Diciembre, 1978

Núm. 135

CARLOS V, COMO EMPERADOR EUROPEO-AMERICANO (Alabanzas de Santo Domingo)

Por el Marqués de Lozoya

De entre todas las glorias del reinado de Carlos V, acaso sea la más excelsa la tarea realizada por España al proyectar sobre el inmenso mundo recién descubierto, que era todavía en la fecha inicial de 1516 un gran misterio, la cultura de Occidente. Por esta misión imperial de unificar el orbe conocido en un común patrón de cultura, España vino a ser una continuadora y difusora de la obra del Imperio Romano, al llevar al Nuevo Continente la religión católica, un idioma derivado del latín y los arcos y las bóvedas, las columnatas y los arquivadas de la arquitectura de Roma. Y resulta admirable que esta obra gigantesca de explorar, de conquistar y de civilizar todo un mundo se lleve a cabo en el breve espacio de cuarenta años que comprende el reinado de Carlos V. En 1516, el año en que se inicia el reinado, apenas se conocía de América sino las Antillas y una parte de la costa atlántica. El Pacífico, descubierto por Vasco Núñez de Balboa tres años antes, apenas había sido explorado. En 1556, cuando Carlos



V abdica la corona de España, el continente había sido recorrido en una serie de expediciones que difícilmente tienen igual en la Historia; sus territorios estaban repartidos en virreinos y en audiencias, en diócesis y en capitanías generales; grandes masas de indios habían sido evangelizadas y por todas partes surgían ciudades que podían competir con las más famosas de Europa. En 1551 se funda la universidad de Méjico, con los mismos privilegios que la de Salamanca, y en 1555 la de Lima. En 1539 funcionaba ya la imprenta en Méjico. Maravilla la atención que Carlos V, cuya política apuntaba a todas las direcciones, como una rosa de los vientos, presta a la mejora de sus nuevos súbditos de América. Con razón Menéndez Pidal ha podido escribir de Carlos V que fue, cuando su coronación en Bolonia, el último emperador que vio unidas la ciudad temporal y la ciudad eterna, fue también el primero y el último emperador europeo-americano.

Los viajes de los españoles no solamente habían sido una prodigiosa exploración en el espacio, sino un recorrido, "*marcha atrás*" en el tiempo. Colón y sus compañeros, penetrados de Edad Media y concedores ya de los primeros albores del Renacimiento se encontraron, en las Antillas, en plena prehistoria, con gentes que vivían en el mismo estado de cultura de los europeos anteriores en cientos de miles de años. Hernán Cortés, en Méjico, se encontró en un ambiente de "*edad antigua*" análogo al del Egipto dinástico o al de los imperios teocráticos de Caldea y Asiria y lo mismo aconteció a Pizarro en el Perú. Los aztecas y los incas poseían una cultura avanzada, con edificios admirables y objetos suntuarios de extraordinaria belleza, pero los españoles aspiran a implantar, sobre las ruinas de aquellas civilizaciones, la cultura cristiana europea. De aquí una continuación de mensajes artísticos desde España a los países recién descubiertos en el Nuevo Mundo.

El primero de estos mensajes fue el gótico. En 1492, el Renacimiento era conocido solamente en la Península por algunos aristócratas eruditos, como la familia de los Mendo-



za o por algún arquitecto atrevido, como Lorenzo Vázquez de Segovia. Hasta mediados del siglo XVI, todo en España se construye en gótico, bien en el estilo florido, que Bertaux llamó, en recuerdo de Isabel la Católica, “*estilo Isabel*”, o bien en el de la reacción austera y purista. En 1510 se comienza la catedral nueva de Salamanca y en 1525 la de Segovia, ambas de un goticismo que aspira a retornar a la pureza del siglo XIII. Durante la primera mitad del siglo, el Renacimiento solo se manifiesta, tímidamente, en pormenores decorativos.

Además, el gótico, el estilo más representativo de los ideales de la Edad Media, se avenía perfectamente con el espíritu medieval de los conquistadores. En 1492, con la conquista de Granada, termina la empresa nacional de la reconquista del suelo hispánico; en el mismo año de 1492, se realiza el descubrimiento de América, que permite canalizar las inmensas energías acumuladas en las guerras contra el Islam en una empresa misional y guerrera que viene a ser como la continuación de la Reconquista en un escenario maravilloso. Nada se parece tanto a la descripción de una batalla de los españoles contra los moros como el relato de un combate de los conquistadores contra los indios. Hasta los soldados de Cortés y de Pizarro creyeron ver al apóstol Santiago galopando por el cielo de Otumba o del Cuzco, como en las batallas medievales de Clavijo y de Simancas. El régimen de las encomiendas, era, en realidad, un sistema feudal y los conventos americanos tenían la misma función misional de las abadías europeas de la alta Edad Media. Un erudito peruano, Guillermo Lohman Villena, ha demostrado que la lectura favorita de los españoles eran los libros de caballería, que nunca estuvieron tan cerca de la realidad como en las gestas de Cortés y de Pizarro. Durante el reinado de Carlos V, América pasa por una breve Edad Media, de la cual los conventos de Méjico, con su aspecto de castillos, son el mejor testimonio.

La ciudad de Santo Domingo, en la isla Española, la primera ciudad europea en América, es una ciudad gótica,



algo así como un Avila o como una Brujas en el Trópico. Fue fundada todavía en el siglo XV, en 1496, por Bartolomé Colón, hermano del almirante, en la orilla izquierda del río Ozama y luego trasladada a la orilla derecha por Nicolás de Ovando. Los Reyes Católicos querían una ciudad suntuosa, a la europea, y envían arquitectos y canteros de Sevilla. La construcción de la catedral se inicia en 1512, pero las obras no toman impulso hasta que en 1519, ya en el reinado de Carlos V, es nombrado obispo de Santo Domingo el italiano Alessandro Geraldini. Era este un personaje interesante; gran humanista, había sido llamado por la Reina Isabel en su deseo de dar a su Corte un mayor prestigio intelectual, y fue preceptor de los infantes. En sus cartas a León X, que seguía con avidez todo lo referente a los nuevos descubrimientos, hace el itinerario de su viaje. Al llegar a Santo Domingo, manifiesta su asombro. Es una ciudad europea, con magníficos edificios y calles tan bellas como las de Florencia. Después, la melancolía del Trópico arruina su salud y muere en 1525. En la catedral de Santo Domingo se admira todavía su bello sepulcro renacentista, digno de un gran poeta latino.

Continuaron las obras de la catedral, que fue consagrada en 1541 por el obispo don Alonso de Fuenmayor. Parece que el arquitecto fue un ilustre artista nacido, como tantos otros, en las montañas de Santander: Rodrigo Gil de Liendo. Lo que asombra al que penetra en el templo primado de América, desde la plaza tropical que se abre delante, con sus palmeras, con su mercado, donde las mujeres negras ostentan sus ropas de vivos colores bajo un sol deslumbrador, es la pureza de su estilo gótico, muy arcaico para su fecha, y que recuerda las iglesias del norte de Europa en el siglo XIV. Es de tres naves, separadas por arcos apuntados, sobre pilares cilíndricos. Las bóvedas son de nervaduras góticas, de un dibujo poco frecuente, y es de una gran riqueza la que cubre el presbiterio. También está ricamente labrado el tragaluz que figura al fondo de la capilla mayor y que ofrece la forma del arco morisco de herradura.

Como ya hemos dicho, la parte antigua, dentro de las



murallas, de la ciudad de Santo Domingo, es una urbe gótica, cuyo carácter medieval contrasta extrañamente con la exuberante naturaleza que la rodea. Además de la catedral, permanecen otros templos del mismo estilo, que solamente podemos enumerar: Santo Domingo, San Francisco, La Merced, Alta Gracia, Santa Bárbara. Permanece una vieja fortaleza española: la "Torre del Homenaje", de la cual fue alcaide el famoso polígrafo Gonzalo Fernández de Oviedo; el gran castillo-palacio de los Colón, ahora magníficamente restaurado y amueblado, formando un admirable museo del siglo XVI. En la más típica de las calles dominicanas, la de "Las Damas", se ven palacios góticos o del Renacimiento. En la isla vecina de Puerto Rico quedan importantes vestigios de este primer mensaje artístico de España a América: una parte de la catedral de San Juan y la magnífica iglesia del convento dominicano de Santo Tomás de Aquino, cuya capilla mayor es una obra importante del último gótico español.

En las Antillas, donde tuvo lugar la iniciación de la obra colonizadora de España en América, los más antiguos edificios no tienen nada de americano, pues los indios caribes, en plena prehistoria de 1492, ignoraban totalmente el arte de construir y fueron arquitectos y canteros españoles los que labraron las primeras iglesias y los más antiguos palacios. Fue después de la conquista de Méjico por Hernán Cortés cuando aparece en los monumentos la mano de obra indiana. Los españoles encuentran en la antigua Tenochtitlan, corte de Moctezuma, una gran arquitectura: adoratorios y templos que resisten la comparación de los de Asia y Egipto, palacios magníficos, pero se niegan a utilizarlos. Los templos no eran aprovechables para el culto católico y con sus ídolos monstruosos, con el hedor de la sangre de los sacrificios humanos, parecían a los conquistadores moradas del demonio. Los casos de aprovechamiento de edificios religiosos mejicanos para el culto católico son rarísimos (pirámide de Cholula, San Pablo de Mitla). En general, los compañeros de Hernán Cortés derriban los edificios aztecas y elevan templos y palacios de nueva planta, al estilo de España. Pero estos edificios,



diseñados y dirigidos por arquitectos españoles, son construidos exclusivamente por obreros indios. Uno de los primeros cronistas de América, el P. Jerónimo de Mendieta, nos cuenta que los canteros indios, diestrísimos en su oficio, aprendieron fácilmente a manejar las herramientas españolas y, con el poderoso instinto de imitación de los primitivos, al poco tiempo labraban en piedra todos los primores del gótico y del Renacimiento. El mismo Padre Mendieta nos relata que los indios, que no conocían el arco ni la bóveda, pues la arquitectura azteca, como la egipcia o la griega, es a base de arquitebe, se asombraban cuando vieron a los españoles construir edificios abovedados y huían con terror cuando los obreros quitaban las cimbras, pero aprendieron pronto el sistema y construyeron bóvedas y cúpulas perfectas. La cúpula viene a ser la forma predilecta de los mejicanos y la prodigan tanto que algunas ciudades, como Cholula, recuerdan a las de Oriente.

En el reinado de Carlos V, la arquitectura religiosa es, sobre todo, conventual. La necesidad de adoctrinar a los indios hace que se construyan por todas partes conventos, en tanto las obras de las catedrales quedan un poco obliteradas. Esto motiva la protesta de los obispos, que acusan a los frailes de construir edificios demasiado suntuosos con grave daño de los indios. En realidad, los misioneros sabían que la magnificencia de los templos y la belleza de la liturgia católica constituían el mejor sistema de catequesis y por otra parte, los mismos indígenas deseaban que sus iglesias fuesen suntuosas y rivalizaban en esplendor con las tribus vecinas. Como en la Edad Media europea, los conventos eran, no solamente focos de espiritualidad, sino explotaciones agrícolas y escuelas de todos los oficios. Los primeros misioneros que acuden a la Nueva España son los franciscanos, a los cuales siguen los dominicos y los agustinos, en perfecto acuerdo unas órdenes con otras. Quedan todavía, esparcidos por los inmensos territorios que formaron el antiguo virreinato de la Nueva España, unos ochenta grandes conventos del siglo XVI, de bella construcción y primorosos adornos del



gótico o del renacimiento. Al exterior, presentan el aspecto de los castillos, pues el mismo Hernán Cortés dispuso que las iglesias fuesen fortificadas, para que sirviesen de refugio en el caso de una sublevación de los indígenas. La torre es almenada y corre en torno del muro de la iglesia un adarve de merlones. Como en la España medieval, es signo de los tiempos la iglesia-castillo. Recordemos tantos templos españoles con aspecto de fortaleza: Las catedrales de Sigüenza, Avila y Tuy, la iglesia-castillo de Turégano, el monasterio de Guadalupe.

Sin embargo, el plan de los conventos mejicanos es muy distinto del de los grandes monasterios rurales de la Europa medieval. Solamente la iglesia responde al tipo conventual europeo. Suele ser de una sola nave, sin crucero, cubierta por bóveda de crucería gótica que se contrarresta al exterior con robustos contrafuertes. El presbiterio es de planta poligonal y a los pies del templo hay un coro alto, como en las iglesias de España. Las dependencias monásticas son pequeñas y pobres y no hay en ellas las magníficas edificaciones (salas capitulares, refectorios, noviciado, etc.) de las abadías europeas. No hacía falta formar nuevos religiosos, que venían de España ya preparados, ni era posible dedicar tiempo ni espacio a las ceremonias rituales de la orden. La función del convento era puramente misional y a esta función tendía toda su estructura. De aquí su singularidad.

Delante del convento se extiende un enorme solar cercado, el atrio, en cuyo centro se levanta una cruz, a veces muy bella. En los cuatro ángulos de este atrio hay cuatro edículos o pequeños edificios de piedra, suntuosamente decorados. Se discutía cuál podría ser la finalidad de estos edículos y se suponía que su misión no era otra que servir de punto de reposo del Santísimo Sacramento en las procesiones solemnes. Por esto se les dio el nombre de *posas*. Un grabado del siglo XVI, inserto en la *Retórica* del P. Valades, vino a darnos la verdadera finalidad de las cuatro *posas*. Eran cobertizos en cada uno de los cuales se cobijaba un misionero, que adoctrinaba a una parte de la inmensa muchedumbre de indios,



repartida en cuatro porciones, cada una con su instructor: hombres, mujeres, niños y niñas.

En el atrio se verificaba toda la vida misional y desde él asistían los indios a los divinos oficios. El P. Mendieta nos cuenta que el sábado, algunos indios recorrían las aldeas recordando a los vecinos la necesidad de asistir a la misa. En la madrugada del domingo, los indios de cada poblado, hombres, mujeres y niños cubrían los caminos en procesión, cantando himnos sagrados, y se congregaban en el convento. Solían ser en número de diez o veinte mil y esa era imposible que cupiesen en alguna iglesia. La multitud permanecía en el atrio y la misa se decía en un santuario elevado y abierto, situado en algún lugar del convento. Estas capillas de indios o capillas abiertas son otra singularidad de la arquitectura conventual mejicana. Las hay muy reducidas, pero algunas veces son magníficas, verdaderas iglesias, como la famosa capilla real de Cholula o la singularísima de Tepozcolula. Esta solución no es, en rigor, una novedad. En la misma Europa había capillas abiertas para celebrar los divinos misterios que los fieles seguían en una plaza o en un campo de romería.

Los conventos mejicanos de tiempo de Carlos V suelen estar magníficamente decorados, con labores esculpidas en la piedra, según el gusto de las postrimerías del gótico o del renacimiento español. En estas labores es muy raro el encontrar la huella de la mano de obra indígena, pues los escultores indios se limitaban a copiar fielmente los modelos españoles. Hay, sí, cierto primitivismo, que se revela en la tendencia hacia las formas geométricas, en la disposición del relieve en dos planos, en la falta de morbidez en las formas naturales. Al interior, las dependencias conventuales suelen llevar una copiosísima decoración pictórica. Los indios mejicanos eran hábiles pintores, como lo revelan las ilustraciones de los códices aztecas, aprendieron fácilmente las técnicas europeas en la escuela establecida en Méjico, a raíz de la conquista por Fray Pedro de Gante, paisano, y dicen que pariente de Carlos V. El sistema que prevalece en los conventos meji-



canos tiene precedentes españoles. Es la copia, amplificada, de grabados, en blanco y negro con algunos toques de color. El procedimiento es el fresco complementado por el temple, y la corrección del dibujo es notable. Hay frescos copiados de los grabados de Martin Schongauer en el convento gótico de Epazoyucan. Son magníficos, especialmente, los de los conventos de Acolman y de Actopan, pero raro es el edificio monástico sin decoración de esta clase, y la variedad de temas y de motivos es inmensa.

En América del Sur, el tipo de la arquitectura conventual es totalmente diverso y se acerca más a los patrones europeos. Como la conquista es más tardía, no hay apenas gótico, pero el recuerdo de la Edad Media española se refleja, sobre todo, en el arte mudéjar o morisco, mezcla de elementos musulmanes con otros góticos o renacentes. Por la similitud de clima con el de Andalucía, por la baratura del procedimiento y porque las arquitecturas más ligeras y flexibles resistían mejor a los terremotos que la arquitectura morisca, a base de muros de mampostería, ladrillo o tapial de barro blanqueados con cal y de techumbres de madera labrada y policromada, tiene en toda la América del Sur, enorme difusión. Se ha podido llamar a Colombia *“Colombia la mudéjar”*.

No tienen los conventos de América del Sur el carácter misional de los de Méjico. Son edificios que ocupan una extensión enorme de terreno, con varios claustros de doble galería, blanqueados con cal, que recuerdan singularmente a los bellos patios andaluces. Las iglesias de Quito, en el Ecuador, comenzadas en el reinado de Carlos V, si bien terminadas en el siguiente, son bellísimas. En las de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, la cúpula del crucero, de labor morisca en madera, sobre cuatro arcos góticos, puede competir con lo más bello que se hacía en su género en España. En Perú, arrasado reiteradamente por los terremotos, queda muy poco de la época del Emperador. Acaso simplemente algunas capillas góticas en la iglesia del convento de Santo Domingo, Lima.



La Edad Media americana termina, como la española, por una gran revolución contra Carlos V, muy parecida a las Comunidades de Castilla, cuyos caudillos son Gonzalo Pizarro, Hernández Girón y Hernando de Contreras. Vencidas las comunidades americanas, como las de Castilla, la autoridad del Emperador permanece indiscutida. Al final de su reinado, lo principal de la labor misional está terminado. No hacen falta ya tantos conventos, pero en cambio las ciudades, ricas y populosas, requieren la construcción de grandes catedrales. En Europa ya se había apagado el fervor colectivo necesario para realizar el esfuerzo que supone la construcción de una gran catedral, pero este fervor renace ahora en América. En España no había sido ya posible terminar la catedral de Valladolid, pero catedrales del mismo estilo se levantan en América. Hay en América una serie de catedrales magníficas dignas de competir con las de Europa: Méjico, Puebla, Guadalajara, Mérida, Lima, el Cuzco, pero su construcción pertenece al reinado de Felipe II. La época de Carlos V en América es la de los conventos, como la de Felipe II es la de las grandes catedrales.

Juan de Contreras y López de Ayala

**ATLANTIDA. N° 32
Marzo-abril 1968. Madrid.**

